

He aquí el fruto de la mente calenturienta de un par de amargados incapaces de tener relaciones sexuales con el género femenino si no es pagando. Creen que por haber intentado armar filosóficamente sus aberrantes teorías, quedan exonerados del oprobio que merecen. Aquella campaña institucional de hace un lustro dirigida a los clientes: «¿Tan poco vales que tienes que pagar?» es perfectamente adecuada y aplicable a este par de sujetos.

Un perdedor es un hombre (por llamarlo de algún modo) que está falto de una relación auténtica con una mujer. Es la mujer la que nos da a los hombres nuestro estatus de hombres. Uno puede haber ganado en muchos ámbitos de la vida, pero si ahí falla, será siempre un perdedor. Cuando la mujer nos da su aprobación es cuando dejamos de ser un material amputado, por así decirlo, para convertirnos en unos seres humanos integrales. Como presidente de una asociación progresista no voy a hacer aquí propaganda del nefando modelo tradicional basado en la boda por la Iglesia. Un modelo que ha mantenido a las mujeres esclavizadas durante siglos. Este paradigma está felizmente finiquitado. Ahora vivimos en la era de las relaciones libres entre ambos sexos aunque aún hay mucho que mejorar en ese aspecto. La cultura machista nos impregna por todos lados, particularmente en España. Cada vez que un borracho se aproxima baboso a una chica en un bar, cada vez que un obrero de la construcción lanza un piropo en la vía pública, cada vez que un transeúnte se queda mirando como un sátiro a

un grupo de muchachas que orinan tranquilamente entre dos coches a la salida de una discoteca, cada vez que una escoria humana, incapaz de encontrar pareja en su municipio viaja a algún país de Europa Oriental a buscar esposa en una agencia matrimonial, cada vez que un grupo de tiparracos se van al caribe a hacer turismo sexual, cada vez que un rijoso hombre de mediana edad acude a un burdel a buscar «carne fresca» en chicas que podrían ser sus hijas, cada vez que un cafre de veinte años acude a un bar de mujeres divorciadas que podrían ser sus madres, en busca de «carne bien asada», cada vez que algún demente considera que las madres solteras son «presas fáciles», cada vez que un viejo verde entra en una sala X con un paquete de kleenex en el bolsillo, cada vez que se «celebra» una corrida de toros... es ahí es donde nos enfrentamos con el rampante machismo ibérico.

En este país, dos miserables como los autores de este pliego, publican un libro. En un país decente serían considerados unos simples delincuentes.

Natalio Ayllón,
psicólogo y presidente
de la Asociación de Hombres Contra el Machismo

Un hombre, cuando está interesado en una determinada mujer, siempre invierte en ella.

Esa inversión puede ser económica, de tiempo, de ilusión, de energía, de *elan vital*, de puesta en escena, de expresión verbal, de expresión corporal, de llamadas, de epístolas... por no hablar del abordaje, con toda la subida de cortisol que se produce cada vez que un hombre se arrima, en lenguaje taurino, a una mujer. Incluso los más avezados donjuanes tienen una subida de cortisol cada vez que realizan un acercamiento a una *civil* (así llamaremos desde este momento a las mujeres no profesionales). Y esto le pasa factura al sistema cardio.

No pocas veces, esta inversión se queda en un puro *bluff*.

Incluso cuando la inversión es exitosa, el gasto en energía, tiempo, dinero y perjuicio para el hígado producido por la ingesta de bebidas espirituosas en las barras de los bares no se los quita nadie a este pobre hombre.

En cambio, en todo lo relacionado con la prostituta, la inversión es CERO. Sólo hay desembolso puntual y acotado.

El cliente prostibulario sale ganando, claramente, sobre el hombre que incursiona con civiles.

En estos últimos tiempos en los que la Gran Recesión nos ha enseñado las bondades del alquiler sobre la compra, todo esto está aún más claro.

Y, además, cuando se trata de civiles, tampoco es nunca una compra. Ni siquiera cuando la supuesta *compra*, se realiza dentro del marco de la Iglesia.

Teniendo en cuenta que el producto suele salir fraudulento y que nunca es algo que se posee sino que se disfruta en usufructo, y que además, es un bien que se deprecia con el tiempo, no parece tener mucho sentido decantarse por otra opción que no sea el arrendamiento puntual.

¿Para qué comprar una vaca cuando hay botellas de leche en el supermercado?

Cuando el habitué entra en la casa de lenocinio no siente estrés alguno. Lo que nota es un cosquilleo en el estómago, como un niño la mañana del día de Reyes.

De todo esto podemos colegir nada más que beneficios e incluso muy recomendables desde el punto de vista médico, en la actividad del susodicho habitué.

El putero está acostumbrado a llegar y besar el santo. Recordemos que él sólo tiene que efectuar un desembolso puntual y ya no hay más campo de minas que sortear, ni montañas que escalar, ni geoides de Atlas que cargar, ni piedras de Sísifo que empujar, ni trabajos de Hércules que llevar a cabo, ni mares del mar Rojo que separar, ni cribas de las que ser objeto, ni notarías a las que opositar, ni motos que vender, ni fantas que pagar, ni méritos que acumular, ni puntos que ganar, ni aguas del mar de Tiberiades sobre las que caminar, ni *Via Crucis* que penar, ni Gólgotas que subir, ni pecados de ella que expiar en la Cruz, ni piedras del Sepulcro que remover, ni amigas a las que agradar, ni cuñados con los que hacer chascarrillos sobre la situación política del país, ni suegras con las que congraciarse, ni suegros de los que recibir la aprobación, ni amigos gays a los que caer bien, ni moscones a los que ahuyentar, ni ex novios con los que contemporizar, ni ex maridos con los que mantener una relación civilizada, ni bodorrios de sus primas a los que acudir, ni hijos de ella para los que ser un buen padrastro, ni...

Parece demasiado bueno para ser verdad, pero no todo son laureles para el putaño.

Recordemos la teoría del deseo de Marcel Proust: es necesario que haya un grado de dificultad entre el deseo y su satisfacción. Sólo quien supera esa barrera que le separa del objeto puede tener un verdadero conocimiento del mismo. Una unión orgánica con él.

El putero obtiene una satisfacción inauténtica, alienada, desde un punto de vista proustiano.

Por este motivo, el hetairómano, después de una temporada intensa de visitas a los lupanares, suele caer en la inapetencia y el hastío. El siguiente paso es el celibato voluntario.

Y, finalmente, llegan la mística y el monacato.

Por la prostitución hacia Dios.